

EC 8/3/64

Infancia y Literatura

por Diego Mirán

La literatura contemporánea ha aprovechado y sigue aprovechando del recuerdo y la experiencia infantiles. Y el fenómeno se explica. La narración ya no es, como en el siglo XIX, extensa sino intensa, y esta dimensión psicológica encuentra temas excelentes en la memoria de la edad dorada, de la edad mágica. ¿Quién que ha leído "El Gran Maullness" de Alain Fournier no ha descubierto que la propia vida estuvo alguna vez regida por la fantasía esplendorosa de lo ilógico infantil, de lo irracional creador, de lo puramente misterioso? Abundan los libros excelentes con tal asunto. Una enumeración basta para certificar lo dicho: Moravia, Saint Exupery, Truman Capote, Calvino, Hesse, etc.

No es fácil, por eso, escribir un libro original sobre este motivo. Ahora se arriesga el repetir lecturas o el confundir la propia remembranza de los años iniciales con las huellas que en nosotros dejaron las peripecias contadas por otros. O, lo que es más grave aún, confundir la riqueza imaginaria del niño, que es ingenua pero poderosa, con un candor simplista y meramente exterior. Valga lo dicho someramente como previo comentario al primer libro de un joven escritor que, en Trujillo acaba de ser publicado: "Los peces muertos" de Eduardo González Viaña (Ediciones "La Casa de la Poesía", Grupo Trilce, Trujillo, 1964). En estricto sentido, no se trata de cuentos, pues las historias apenas narran una situación y el desenlace está revelado desde los párrafos iniciales. Son, más bien, cuadros, impresiones, tal vez boceto.

Pero en González Viaña —que apenas tiene 23 años— se da un valor singular: sabe expresar con color, metafóricamente, personajes y sucesos. Y aunque frecuentemente, en homenaje a esta facultad poetizadora, deje borroso el desarrollo del relato, apunta observaciones muy sagaces que constituyen pequeños y decisivos aciertos de calidad literaria. Tal vez —diría— la publicación es prematura, pero cabe una rectificación a este aserto. La objetivización que un libro significa para un verdadero escritor comporta una lección para él mismo: de la relectura extraerá el joven escritor las consecuencias de su dócil entrega a sus facilidades y la necesidad de forzarse a sí mismo en la descripción completa de conflictos y personalidades. Los niños no son medio hombres —esto es bien sabido— sino seres libres, capaces de maravillas y horrores, que aprenden no tanto a vivir (pues viven real, plenamente) sino a obedecer la norma comunitaria, la prohibición legal o moral, la castración imaginativa. Su rebeldía es justamente una suerte de lucha entre la libertad y el mundo. Gana el mundo, pero también, cada vez que se "educa" a un niño, algo pierde el mundo para siempre. Esta protesta está apenas esbozada o no aparece en González Viaña, que afortunadamente parece ser dueño de una sensibilidad que lo hará madurar rápidamente.

Alabo aquí, como lo hace Javier Sologuren en el prólogo de "Los peces muertos", la prosa del nuevo escritor, "entretejida de elocuentes implicaciones y tácticas señas, de notaciones incisivas e irónicos toques", y hago hincapié, tal cual el poeta que guía al narrador en esta primera peregrinación, en "el seguro ritmo compositivo" de su lengua, de la cual se espera todo lo que intrínsecamente predice el libro comentado.

